

Diez dias despues de mi entrada dejé el convento del Santo Sepulcro; á mi salida habria querido visitar las tumbas de los reyes cristianos: la de aquel Godofre de Bullon, terror de los mahometanos, que desafió mil veces la muerte en cien batallas, que conquistó la ciudad santa, y proclamó á Jesucristo por rey único de Jerusalem, rehusando coronar con oro su cabeza donde el Salvador del mundo la tuvo martirizada con espinas, y la de Balduino, su hermano, terror de los enemigos de la Cruz. Mas en vano hubiera preguntado por ellas: los Griegos, al reedificar la iglesia, no solamente descuidaron estos preciosos monumentos, que respetaron las devastaciones de los soldados y la voracidad del fuego, sino que los arrasaron; y hasta sus epitafios, que el viajero no podia leer sin sentirse conmovido, hicieron borrar con cal. Estos monumentos pertenecian á los Latinos, y sus inscripciones, que contaban ocho siglos, eran título imprescriptible de sus derechos á los Lugares santos. Ved ahí el único motivo de un acto tan injusto, de una violacion tan sacrilega. El grito unánime de los que hacen justicia á los héroes cristianos se alza para condenar la conducta de los ingratos que arrasaron las tumbas de los guerreros invencibles que conquistaron Jerusalem. La espada y espuelas de Godofre, que conservan los PP. de la Tierra Santa, y sirven para armar los caballeros del Santo Sepulcro, es cuanto queda del primer conquistador y rey de Jerusalem.



CAPÍTULO XVI.

Ocupacion de los sacerdotes disidentes en Jerusalem. — Sus hospicios. — Afluencia de peregrinos. — ¿Qué hacen estos? — Explotaciones sacrilegas. — Medida del autócrata. — Proclamas de los popes. — Profanacion de los santos Lugares. — El fuego sagrado. — Mision protestante. — El obispo anglo-prusiano. — Cuestiones que suscitó en el clero anglicano su institucion y su propaganda. — Misioneros entre los Árabes. — Ocupacion del obispo. — El hospital de Bethanias. — Escuela anglo-prusiana. — Viajeros instruidos por M. Gobat.

El sacerdote cristiano tiene una mision particular que llenar en cualquiera punto de la tierra que se encuentre, y no es la de adquirir bienes perecederos, ni la de conquistarse puestos elevados: ganar para sí y para los demas la posesion de la patria eterna, subir al trono que nos promete la fe; vedla ahí toda. La experiencia nos demuestra que separado el sacerdote de su centro de accion, su virtud se agota, su espíritu se debilita, su palabra deja de ser poderosa, y sus obras sin eficacia para aquella empresa. Los popes y los monjes orientales nos ofrecen este triste ejemplo, de un modo tan concluyente que jamas podrá ponerse en duda la verdad de este juicio, que no es por cierto mera conjetura. Sensible nos es tocar de nuevo á estos hombres que son religiosos y sacerdotes, aunque separados de la Iglesia, cuya voz no obedecen, cuyo poder desconocen, y cuya doctrina alteran; pero el deber que impone la causa del género humano, la gran causa de la verdad religiosa, que á todos interesa sin excepcion, me obliga á descender á hechos que, aun

cuando todo el Oriente los presencia y ciento del Occidente los escribieron ántes que yo, repugnan no obstante; tal es su gravedad.

Los monjes orientales disidentes que vinieron de Armenia, de Abisinia, de la Grecia, de la Georgia y de otros países del Oriente para vivir cerca del Sepulcro de Jesucristo, tan léjos de honrarlo consagrándose á los oficios del culto y á evangelizar la multitud de individuos de su comunión que llega día por día á Jerusalen, profanan su ministerio, convirtiéndolo en instrumento de provecho personal. Esos monjes que llenan la ciudad no les encontraréis postrados delante del Sepulcro, no les veréis predicando la reforma de costumbres á sus peregrinos, no les hallaréis empeñados en establecer asilos para tantos infelices que llegan á la ciudad santa, ni escuelas para niños, hijos de estos y tan desgraciados como sus padres. Ni la vírgen, ni la viuda pasan por su mente para procurar su alivio, y sus cuidados van todos á parar á un solo fin: — ganar dinero. Por eso los hospicios se entregan al monje que da por él mas cantidad, ni mas ni ménos como se hace en los países civilizados con los ramos de impuesto que forman la hacienda pública; por eso la guardianía de los santuarios se concede tambien á la mejor postura, y por eso todos los puestos que tienen relacion con los peregrinos no se obtienen sino mediante sumas de dinero. Á nadie asombrará la opulencia de los patriarcas griego y armenio de Jerusalen, ni las grandes riquezas de que disponen, si observa que en sus arcas van á derramarse ingentes cantidades que produce el comercio sacrilego de las cosas santas.

Sus hospicios no están abiertos sino para los de su comunión, y aun de estos mismos para ninguno que no tenga cómo pagar su alojamiento y su comida. El pobre, el que nada tiene va á trabajar en los grandes edificios que fabrican constantemente los monjes para utilizar sus arriendos. El pope y sus dependientes calculan perfectamente las facultades del

peregrino que llega, y le previenen lo que debe dar por su hospedaje.

Los peregrinos que acuden son numerosísimos; en cada uno de los últimos años se han calculado de diez á doce mil entre Griegos, Armenios, Abisinios, Sirios y demas provincias orientales. Los padres acuden á Jerusalen, acompañados regularmente de sus hijos, de suerte que cuando llegan muchos á la vez, los hospicios de los monjes parecen grandes campamentos ó poblaciones orientales, tributarias de aquellos religiosos.

¿Pero qué hacen estos peregrinos en Jerusalen? Oídlo.— Apénas han llegado, se dirigen al protopope que les ha de confesar, y arreglan con él las cuentas de su conciencia: una cédula que reciben, si son ricos, les absuelve, no solo de las culpas cometidas, sino que les garantiza de los efectos que pudieran temer de las por cometer. Cada uno de los archimandritas y obispos tiene su virtud particular para disponer á este hombre *que desea salir bendito de Jerusalen*; y cuando ha pasado por el tribunal de cada uno, se le introduce al templo, donde le reciben segun sus facultades, ó el portero ó los custodios de su comunión. Doce piastras (1) tiene que pagar por su entrada, otras doce por cada vez que pernocte allí, y otras muchas por los cirios y perfumes que le venden los guardianes para ofrecerlos luego por conducto de los mismos vendedores en el Calvario y en el Sepulcro. El hecho es que los puestos todos de estas comunidades de Armenios y Griegos que cuidan los santuarios son tenidos como muy lucrativos, y los protopopes que los sirven salen de ellos con el dinero suficiente para procurarse la dignidad episcopal. Los peregrinos armenios llegaron á tres mil en 1850: y calculando con datos dignos de fe lo que cada uno dejó entre los monjes de su comunión, resultan *cier thalers* por persona, que unidos forman una exorbitante

(1) Medio peso poco mas ó ménos.

cantidad (1). Los Griegos por su parte, cuyo número de peregrinos es doble todavía, los despojan á veces hasta de sus ropas, para pagarse de sus simonías, dejando á los devotos sin medios para volver á su país.

El autócrata, protector tan celoso de los popes que á la sombra del Sepulcro del Salvador cometen tales exacciones, informado de ellas, ordenó á sus cónsules en Siria que no permitiesen á ningun ciudadano ruso penetrar en Palestina, sin haber depositado ántes en el consulado la cantidad necesaria para volver al lugar de su residencia. Llegó á sus oídos sin duda el clamor de tantos vasallos despojados por los guardianes de los Lugares santos, cuyos pretendidos derechos él defiende con su espada.

En el Santo Sepulcro estos hombres no reciben tampoco instruccion alguna: los veréis recorrer en tropel los santuarios, tocar con la mano las murallas y los altares, hacerse luego mil cruces en el rostro y por todo el cuerpo, besar el suelo, dar alaridos, repetir *Kyries* como sus popes, despues de haberse descalzado al entrar en las capillas, como los santones al penetrar en sus mezquitas; nada mas hacen. Ninguno he visto meditando retirado en los rincones oscuros de la basílica, ni ninguno con aquel reposo que inspira la penetracion de los solemnes misterios obrados en aquellos Lugares santos. Religion exterior, ceremonias palpables; ved ahí todos los ejercicios de estos peregrinos. ¡Qué campo tan vasto encontrarían los popes dedicándose á instruir esos millares de hombres que acuden á Jerusalem del septentrion de la Europa, del interior de Asia, de la Abisinia y de la Etiopia, si en vez de explotar sus bolsillos sondeasen su corazon, y en lugar de grabarles las impresiones siniestras del interes y la codicia les ilustrasen con la doctrina y los ejemplos de la perfecta caridad! Pero desgraciadamente no sucede así; explotarlos, ved ahí la única mision

(1) Hacen la suma de ciento cincuenta mil pesos aproximativamente.

que parece tener esa multitud de monjes y de sacerdotes que rodean á los peregrinos cismáticos del Oriente y de la Rusia.

Si aquellas exacciones de dinero se disfrazasen con servicios materiales, podria decirse que ellas no eran sino una compensacion exagerada de los servicios que prestan los monjes en los hospicios; mas cuando, como hemos indicado, se exige dinero por los beneficios espirituales que se dispensan, cuando la absolucion misma de los pecados recibe paga á veces, y algunas monedas aparecen arrancando garantías á Dios en favor del que cometerá delitos, el vicio se presenta con los colores mas feos; y la maldicion que una voz eterna fulmina contra la simonía y el sacrilegio, nos señala pendiente sobre los monjes cismáticos la espada que castigó á los hijos de Helí, profanadores del santuario.

Cuando existe reunido un número considerable de peregrinos, visitan estos solemnemente los santuarios de la basílica: el archimandrita, vestido entónces de capa pluvial, preside á los monjes que ocurren con este objeto de los conventos de Jerusalem, y los peregrinos le siguen, llevando encendidos los cirios que les compraron de antemano. Al detenerse en cada uno de los santuarios, les refiere sus tradiciones; y en los que ocupan los católicos añade alguna vez: «Estos los tienen usurpados los Latinos, protegidos por las potencias europeas.» Esta voz, que escuchan hombres idiotas y fanáticos en el recinto del lugar mas santo, produce efectos bien palpables. Nadie ignora el odio profundo que abrigan contra los Latinos los peregrinos orientales, y es efecto de las proclamas que dirigen los archimandritas y popes á los que debian inspirar las virtudes de aquel Dios que murió víctima de amor por los hombres.

Casi todos los viajeros en Palestina nos hablan de la constante guerra en que viven todos los monjes de comuniones disidentes con los religiosos latinos en Jerusalem. El lugar mas venerable ha sido frecuentemente campo de batalla

donde la sangre de los sacerdotes ha corrido derramada por apóstatas del cristianismo, del mismo modo que corrió vertida por los musulmanes. Los Latinos, que ganaron los Lugares santos rescatándolos del poder de los infieles con el precio de su vida, que los compraron otras tantas con su oro á los sultanes, y los han conservado heroicamente desafiando peligros de todo género, ven á intrusos sin otro título que su audacia, ni mas pretexto que el vil interes, disputarles su posesion de seis siglos, apoderarse de los puestos que ellos guardaron con fidelidad, y que les arrojan con violencia de esos mismos sitios, donde combatiendo murieron sus hermanos. Cinco siglos se conservaron tranquilos en posesion de los Lugares santos los PP. Franciscanos; las tentativas de los cismáticos por introducirse en los santuarios fueron rechazadas en el divan de Constantinopla durante ese largo período, mediante la oposicion constante de la Francia y de la España. Mas una época hubo harto desgraciada en que la Europa católica, luchando con mil elementos de revolucion y de desórden y envuelta en mil guerras interiores y exteriores, se olvidó de Jerusalem y de sus Lugares santos. Los disidentes, aprovechando la oportunidad, obtuvieron con dinero firmanes que les señalaban posesion en el Santuario, y abrasando luego á este con fuego sacrilego, alcanzaron el honor de ser sus reparadores mediante nuevas sumas enviadas al divan. Los Griegos y los Armenios mismos aseguran que pasan de catorce millones de piastras (1) los gastos emprendidos para obtener estos firmanes. Así escribia un hombre tan respetable por su amor á la verdad como por la imparcialidad severa que manifiesta en todas sus informaciones (2). Desde aquel momento, al ruido de las piedras que derribaban los restauradores de la basílica que redujeron á cenizas ellos mismos,

(1) Cerca de un millon de pesos.

(2) *Pèlerinage à Jérusalem*, tom. I. (Geramb.)

se unió el grito insolente de los que la dominaron, del mismo modo que el criado altanero, elevado por una vuelta de la fortuna caprichosa, se venga del amo que no le permitió ántes libertades indebidas. Los religiosos de la Tierra Santa, guardianes de todos los santuarios, se vieron despojados de estos, y los Griegos, los Armenios, los Sirios y los Coftos entraron á poseerlos por las intrigas y el dinero, sin haber tenido valor para guardarlos en los dias del peligro, y cuando en Jerusalem dominaba la espada del Kanimirio ó el fusil del soldado árabe. Desde aquel momento, repetimos, los religiosos Franciscanos, para conservarse en los Lugares santos, tuvieron que luchar, no solo con los musulmanes y los Beduinos, sino tambien con los disidentes. La prensa europea ha denunciado repetidas veces las riñas sangrientas sucedidas sobre el Calvario, y en las que los Griegos han perseguido á puñaladas á los religiosos latinos que, usando de su derecho, querian funcionar allí; Jerusalem ha visto á Mehemet-Pachá desenvainar la espada dentro del templo para contener á aquellos mismos revoltosos, que atropellando las resoluciones del sultan resistian armados la visita cotidiana que hacen los católicos al mismo monte; y el mundo entero vió con asombro la resolucion tomada por Abdul-Mejild de hacer *à su costa* las reparaciones de la gran cúpula del Santo Sepulcro, que destruyeron los Griegos arrancando las planchas de plomo que la cubrian. Un espectáculo nuevo habria presentado por cierto el jefe de los musulmanes reparando los templos cristianos; mas afortunadamente las potencias católicas no aceptaron tan generoso ofrecimiento. Muy importante seria para el cristianismo que cesasen estas verdaderas profanaciones de los Lugares santos, y los viajeros que nos hablan de las eternas quejas de los religiosos, « á las cuales ellos nada comprendieron, » prestarian un importante servicio á la paz, á la civilizacion y á la Religion trabajando porque triunfe la justicia.

Concluycamos esta serie de profanaciones con la famosa del *fuego sagrado*, que el Sábado santo de cada año presencian millares de hombres que van expresamente á Jerusalem para verlo bajar del cielo á la poderosa voz de sus obispos. Un gran número de viajeros de todas las naciones europeas han hablado ya de este pretendido milagro, ó, diciendo con mas propiedad, de este verdadero escándalo. Á las ocho de la mañana, en presencia de los patriarcas griego y armenio y de todas las grandes dignidades de las comuniones orientales disidentes de Jerusalem, un obispo, que por este motivo llaman del *fuego*, rodea tres veces el monumento del Santo Sepulcro, acompañado por dos archimandritas, muchos popes y todos los monjes sirios, rusos, armenios, griegos, coftos y abisinios. Concluida esta ceremonia, el obispo del *fuego* se encierra con sus dos asistentes dentro de la capilla del Santo Sepulcro, mientras los demas arrojados con la multitud cantan, rezan y gritan, pidiendo, como los sacerdotes de Baal sobre las alturas del Carmelo, que baje el *fuego sagrado*. No tarda este en aparecer, y el obispo del *fuego* se presenta en la puertecilla del sagrado monumento, teniendo en sus manos algunos cirios encendidos. Los peregrinos gritan entónces: « ¡Milagro !!! » y el impostor que, como Mahoma, hace creer á aquella muchedumbre ignorante que acaba de recibir favores celestiales y de presenciar un estupendo prodigio, ve agolparse en rededor á las murallas del monumento aquella multitud ansiosa de alumbrar sus cirios con la *llama* que cayó del cielo. « Testigo de estas ridículas supercherías y de los gritos y desórdenes entre que estas se ejecutan, no puedo menos de confesar que si algo me pareció *prodigioso*, fué la inconcebible estupidez de los que eran burlados tan groseramente. » Cuando la razon piensa que á mediados del siglo diez y nueve suceden todavía lances semejantes, en los que millares de hombres son juguete de bajas supercherías que se cometen á nombre de la Religion, en el lugar mas santo

de la tierra, y haciendo intervenir á la Divinidad misma, no alcanzamos á comprender cuáles puedan ser los motivos tan poderosos que influyen en un monarca, que se dice *cristiano*, para proteger estos sacrílegos desórdenes. Vendrá dia en que esa fe, burlada hoy á mansalva por ministros que la traicionan, ilustrada por doctrina y por ejemplos de otra especie que los que dan los popes, convertirá la conciencia de ese pueblo que sirve de víctima contra los sacerdotes que desertaron del único Santuario de Jesucristo, y contra ese soberano que los protege por convenir así á sus intereses; denunciarán su malicia á todo el género humano, y serán los primeros en denostarlos con el apodo humillante de impostores. Esto es lo que principia á suceder ya, y los prelados que abusaban de la ignorancia de sus correligionarios los ven sublevarse en su contra y publicar sus engaños para abrir los ojos á los demas, que viven ciegos como ellos tambien lo estaban.

« ¡ Cosa extraordinaria! exclamaba un ilustrado viajero: los Católicos, los Griegos, los Armenios, los habitantes del Líbano, en una palabra, todas las comuniones cristianas tienen sus representantes en Jerusalem, cuya voz se eleva sin cesar entre el humo del incienso hácia Dios, que sacrificó su único Hijo para salvar al mundo: una sola voz no pronuncia allí el nombre de Jesus... y es la del protestante (1). » Pero esta observacion que hizo Geramb en 1832 quedó reparada en 1840, cuando un Judío convertido á la reforma de Lutero entraba en Jerusalem con grande aparato y acompañado de hijos y mujer. Los Latinos, los Griegos, los Mahometanos, los Judíos, los Armenios, todos preguntan: « ¿ Quién es este viajero tan rico que entra en la ciudad santa con comitiva semejante á un bajá ó á un general? — Es un obispo. » Pero era un obispo casado: espectáculo nuevo para todas aquellas comuniones que no habian visto subir al trono episcopal

(1) *Pèlerinage à Jérusalem*, tom. II. (Geramb.)

sino hombres célibes. El nuevo obispo venia á fundar una iglesia tambien nueva, no en rededor del Sepulcro del Fundador del cristianismo, ni sobre el Calvario ó el Olivete, testigos de su muerte y de su triunfo, sino sobre las ruinas del palacio de Heródes, donde un rey lascivo, hipócrita y sanguinario ordenaba prolijas pesquisas y providencias crueles, á fin de hacer morir al Mesías prometido. En efecto, mientras las otras sectas cristianas se disputaban los santuarios, el representante del protestantismo allí echó los cimientos de su iglesia y edificó su palacio. Él no venia á adorar á Jesucristo en los Lugares santos, ni estos valian en su concepto « mas que las demas piedras que cubren el suelo en todas partes; » venia á convertir á los Judíos, sus antiguos correligionarios, « y á predicarles el Evangelio en las alturas del monte Sion y en las colinas de Jerusalem. » El éxito de su mision fué muy conocido; un protestante que visitaba despues la Palestina lo refiere del modo siguiente: « El protestantismo ensaya establecer en Jerusalem un foco de propaganda; la ciudad santa encierra por primera vez dentro de sus muros una sede episcopal protestante. Inútil es decir que las tentativas del obispo Alejandro, ex-judio enviado á Palestina bajo los auspicios del rey de Inglaterra y el de Prusia, no han tenido hasta aquí suceso alguno entre los antiguos correligionarios del nuevo apóstol (1). » El obispo Alejandro murió, y su silla fué ocupada por otro convertido, no del judaísmo como aquel, sino de la reforma alemana á la anglicana, escogido por el rey de Prusia é instituido por el arzobispo de Cantorbery para ocupar la silla de Jerusalem.

Las graves cuestiones que esta institucion provocó entre los miembros del episcopado anglicano, y en las que divididos estos desconocieron no pocos la facultad del primado de su comunión para instituir obispos en Jerusalem, y pro-

(1) *Palestine.* (Munk.)

testaron contra la consagracion del doctor Gobat llamándola « violacion flagrante de las leyes de la Iglesia (1), » es un hecho reciente y muy conocido. Mas el electo, sin ocuparse de la cuestion de jurisdiccion, que poco parecia importarle, no cuidó mas que de asegurar su silla; y entrando en Jerusalem con su familia, principió con empeño la empresa abandonada por la muerte de su antecesor. Pero mal podía un extranjero convertir á esos Israelitas, que dejó por obstinados un connacional. « Sin esperanza alguna de convertir Judíos, el obispo Gobat aplicó sus esfuerzos á formar prosélitos en el seno de las otras comuniones cristianas de Jerusalem. En una comunicacion publicada por la *Gaceta eclesiástica de Lóndres*, se alababa él mismo de conquistas hechas entre los Griegos y Armenios; mas esto era obrar contra las órdenes que habia recibido de no hacer propaganda entre individuos de las comuniones orientales (2). » Esta fué la señal de una nueva lucha, y en la que una multitud de dignidades de las comuniones anglicanas protestaron nuevamente contra el obispo de Jerusalem, sostenido por los metropolitanos de Cantorbery, York, Armagh y Dublin. Jamas se habia oido salir del seno del clero anglicano una voz que tan enérgicamente mostrase la escision en que viven sus miembros, como esta que aquellas suscribian: « Protestamos contra los actos del obispo R^{do} Dr Gobat, como que emanan de él solo y no tienen la sancion de nuestra Iglesia; rechazamos y condenamos especialmente su proselitismo como una violacion de las instrucciones que se le han dado y de los cánones eclesiásticos. » El primado anglicano condenó esta protesta, firmada por mil y cien ministros; tres obispos la condenaron con él tambien, y otro, ántes de pronunciar su opinion, preguntaba en el ministerio de Estado: « Si el gobierno de la Gran Bretaña se proponia influir en

(1) *Lord Bishop of Exeter.* 25 mai 1846. (The Rev. Henry Exeter.)

(2) *Morning-Chronicle.*

los negocios de Oriente manteniendo un obispo en Jerusalem (1). » ¡ La intencion ó los planes del gobierno debian servir de nivel á su conducta , cuando se trataba de la jurisdiccion de un individuo instituido obispo !

Pero el temor que los Anglicanos abrigaban oyendo el clamor que indignados levantaron los Griegos y los Armenios contra la propaganda de M. Gobat, carecia de fundamento: todos sus esfuerzos no han podido reunir arriba de cincuenta creyentes, Judíos unos, Griegos otros y Europeos algunos. La fe de los primeros es digna de notarse; todos saben que los Judíos procuran adquirir dinero por cuantos medios son imaginables; la mision protestante de Jerusalem, concediendo algunas piastras á sus fieles cada dia desde que abrazan el protestantismo y ademas una cama en su hospital en caso de enfermedad, estimula fuertemente su codicia, y les hace profesar una fe que no aman sino como medio de ganar monedas; mas su conversion es tan pasajera como lo es su permanencia en Jerusalem. Estas conversiones se operan entre los Israelitas vagos que recorren la Palestina, y tan pronto viven en Hebron como en Tiberiades, en Jafa ó Jerusalem; la ocurrencia siguiente las explica todavía mejor, como asimismo el celo de los ministros anglo-prusianos que las opera. « Un Judío que se habia hecho anglicano y recibia un chelin diario, fué trasportado enfermo al hospital de aquellos. Viendo que su muerte se aproximaba, hizo llamar al rabino, y confesó su apostasia; volvió á entrar en el judaísmo, y murió luego. Se trataba pues de saber á quién pertenecia sepultar el cadáver, que se disputaban Judíos y protestantes. Aquellos entraron en el hospital por la noche, le robaron y enterraron en su cementario. De allí mandó sacarlo el obispo anglo-prusiano y trasladarlo al suyo: los Judíos volvieron á desenterrarlo, y despues de viajar el cadáver varias veces durante un dia entero desde

(1) El obispo de Oxford.

el valle de Josafat al cementerio protestante, el bajá le dió al fin reposo, mandando sepultarlo en un lugar neutro (1). » De los Judíos venidos de Oriente y de Occidente buscando el valle de Josafat y el sitio de su antiguo templo, claro es que ninguno irá á alistarse ni por dinero ni promesas en la religion que predica el obispo anglo-prusiano. En cuanto á los otros afiliados, exceptuando el personal de los consulados de Prusia, de Inglaterra y de los Estados Unidos, son esa especie de Judíos errantes que forma la poblacion flotante de Jerusalem; mas su número es tan pequeño y tan eventual, que no llama la atencion. Ved ahí el resultado de la propaganda establecida con tanto aparato sobre los escombros del palacio de Heródes: ella no ha podido satisfacer los deseos de sus promotores, y por eso mismo tambien los hombres influyentes de la Gran Bretaña no se manifiestan dispuestos para sostenerla.

« Mas hoy esta mision varía de aspecto, escribe una mujer presumida y sin criterio; el obispo de Jerusalem marcha con prudencia, pero con firmeza al mismo tiempo... Él ha dispuesto que los Árabes sean evangelizados en sus mismas tribus (2). » Este es en efecto el gran proyecto que preocupó al doctor Gobat, y para realizarlo salió de Jerusalem, no él ni alguno de los dos ministros que le acompañan, sino un jóven árabe que recorre el desierto arreando un camello cargado de Biblias que distribuye á los Beduinos, los que sin entenderlas las dan á sus niños, que convierten sus fojas en cuernos, caracoles y pequeños juguetes. De ninguna tribu se ha oido que pida el bautismo al nuevo evangelista, ni que llegue á Jerusalem preguntando por la morada del caritativo pontífice que les envió su ministro para que les enseñase el camino de la vida eterna. En la puerta del templo del Santo Sepulcro se encuentra otro agente de la comunión

(1) Mislin.

(2) *Journal d'un voyage au Levant*, tom. III.